

pañola actual, señalando que comenzaban a observarse síntomas de recuperación, tanto en la práctica religiosa como en nuevas formas de presencia de los católicos «purificadas de antiguas petulancias, pero depuradas también de falsos complejos».

Cerró su intervención enumerando una serie de posibles acciones a emprender, algunas de ellas de orden muy práctico e inmediato, e hizo una invocación final al esfuerzo concebido como «Caridad política» y urgido por el Papa.

Los tres oradores fueron muy aplaudidos y la velada se prolongó en agradables tertulias con el ambiente de fraternidad característico de los amigos de la Ciudad Católica, esa obra que un año más ha dado prueba de su vitalidad y a la que los jóvenes debemos tanto.

Pilar CÁRDENAS.

## DISCURSO DE ANTONIO DE URZAIZ

*Queridos amigos:*

*Cuando se me propuso para que en el día de hoy os dirigiese unas palabras, en esta cena de San Fernando, se me planteó además de un difícil compromiso una gran duda: ¿qué les digo a los amigos de la Ciudad Católica que éstos ya no sepan?, porque si la originalidad es casi imposible en el mundo que nos rodea, pretender ser un erudito aquí, ante vosotros, es osadía incalificable por no decir un sarcasmo.*

*Hoy es el día y este es el momento en que sigo envuelto en tal dilema. Pero como el momento ha llegado y no tengo otra opción que decir algo, he optado por tratar de haceros unas pequeñas reflexiones sobre un tema que a todas luces no tiene nada de original puesto que, como dice Gabriel Alférez, «... es una etapa por la que todos hemos pasado y cuyas circunstancias desaparecen por el mero transcurso del tiempo»; como todos os habréis dado cuenta, me estoy refiriendo a la Juventud.*

*De antemano cuento, para salir del paso, con la condescendencia de todos vosotros, ya que aunque no soy orador de profesión, como sistemáticamente se suele decir para salir de estos trances, supongo que entre los presentes tampoco habrá ningún oyente de profesión; por ello sólo espero un poco de paciencia por parte de todos, que muy bien podríais estar pronunciando en estos momentos y desde aquí, palabras mucho más dignas de ser escuchadas.*

*He de ser sincero y reconocer que no es una mera casualidad el hecho de que San Fernando sea el Patrón de la Juventud y éste sea el tema elegido como núcleo de estas palabras.*

*San Fernando, castellano de la más rancia estirpe, destacó por su valor intrépido en la Reconquista frente a los sarracenos, pero no se quedó en ser un ejemplo en valentía y hombría; esto no le impidió ser un héroe de la santidad, un modelo de conductas y un espejo de las grandes virtudes cristianas.*

*Educado de niño en el temor de Dios, ciñó tempranamente las Co-*

ronas de Castilla y León, lo cual, lejos de provocarle vanidad o engriemento, conociendo que toda autoridad viene de Dios y que gracias a Dios reinan los reyes, hizo que la nota más destacada de su vida fuese la humildad. Este joven, San Fernando, apuesto vencedor en todas las batallas de la Fe, ¡¡¡qué contraste!!!, estaba tan lleno de humildad que cuentan sus biógrafos, que acostumbraba a sentar a su mesa a 12 pobres. La humildad es fuente de las demás virtudes; de ahí que encuentre un ardoroso celo por mantener la unidad religiosa en sus territorios cristianos y una justicia que directa y personalmente administraba en sus dominios. Fue el rey que supo siempre poner por encima de su diadema real la eterna gloria de Dios.

No quiero cansaros con pinceladas sobre la vida de alguien sobre el que cualquiera de vosotros sabrá muchas más cosas. Simplemente quisiera resaltar algunas de las similitudes que he encontrado entre su vida y la de los hombres de Speiro.

En primer lugar, la realeza, el poder, la autoridad en el campo del rigor intelectual al servicio del Reinado social de Cristo. En segundo lugar, la humildad, el nadie es nada sino porque el Padre Celestial lo permite. El «no tendrías ningún poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de lo Alto» preside todas vuestras actuaciones.

La unidad católica como estandarte y reducto en la defensa de los Principios básicos de la Cristiandad.

El instrumento de Dios en la empresa ardua de la Reconquista y no sólo de la reconquista de las almas una a una y de los tejidos básicos de la sociedad, sino también de la restauración de un Orden destruido por la Revolución.

Entrando un poco en el tema que me había propuesto hablaros quisiera haceros reflexionar sobre el hecho, no tanto de la juventud en sí y su problemática, esa tarea se la dejo a los mensajes demagógicos de los partidos políticos empeñados en conseguir el voto de un sector importante de la sociedad, sino a la juventud como etapa de formación y el papel que debe jugar en la Ciudad Católica.

Juan Pablo II, en la reciente Carta a los jóvenes con motivo del Año Internacional de la Juventud que este año se conmemora, nos dice:

«La verdad es la luz de la inteligencia humana. Si desde la juventud la inteligencia humana intenta conocer la realidad en sus distintas dimensiones, esto lo hace con el fin de poseer la verdad: para vivir la verdad...», y esa es la Verdad que nos ofrecéis los hombres de Speiro.

Como nos dice Jean Ousset, la juventud es la edad de impulsos generosos, la juventud es promesa del porvenir, yo diría más: en algunos casos concretos de hombres de Speiro es realidad de un tiempo presente. Baste como muestra los ponentes en los últimos Encuentros de amigos de la Ciudad Católica. Pero, ya no sólo es el hecho de los jóvenes consagrados, fruto de una labor callada y silenciosa realizada al cabo de los años; parémonos a analizar un hecho perfectamente constatable: el aumento, año tras año, del número de jóvenes asistentes a los Encuentros antes mencionados. A los ya maduros intelectualmente, nos vamos uniendo nuevas remesas de jóvenes con un ansia especial de aprender; no me quiero arrogar representaciones que no me corresponden, pero, ya que tengo la oportunidad de decirlo, no voy a dejar pasar esta oportunidad; quiero que sepáis que la juventud no tenemos palabras para agradecer vuestra labor; sois como la fuente donde saciamos nuestra sed de principios en busca de la Verdad. No faltan, en nuestros días, quie-

nes consideran a la juventud como la generación huérfana; yo no quiero contradecir esta opinión, pero sí puntualizar que será huérfana de dirigentes porque, por lo que a maestros se refiere, vosotros cumplís de forma sobrada con el cometido.

No quisiera que estas palabras suenen a falsa adulación: lejos de las mismas su intención. Simplemente responden al hecho de que, como seres humanos que somos, necesitamos del calor humano, del afecto y no digamos del reconocimiento de la obra bien hecha. Bien es cierto, como dice el Devocionario del Requeté, «Ante Dios nunca serás héroe anónimo», pero también no es menos cierto que es justicia reconocer en esta tierra las obras bien hechas y ésta es una de ellas.

El tiempo ha transcurrido más deprisa de lo que con los nervios de preparar estas palabras había supuesto, por ello sólo tengo tiempo para resumir brevemente lo que pretendía decirlos:

Que si bien es necesaria una élite de jóvenes, no debemos descuidar a otros sectores de la juventud, que sin estar destinados a ser una aristocracia intelectual de la sociedad, sí pueden jugar otros papeles en las distintas células básicas de la misma.

Que tengamos bien presente que la juventud no es un fin en sí sino simplemente un tránsito hacia el mismo fin.

Y, que, frente a los que sólo le ofrecen una política para jóvenes o una labor de las tareas más desagradables, como pegar carteles...; sepamos darle una formación al alcance de sus posibilidades para proporcionarles las raíces necesarias, con las que transcurrida esta estropeada juventud, no se consideren totalmente desencantados y perdidos para la Causa de Nuestro Señor Jesucristo.

Solamente me queda agradecer la atención que habéis prestado y animaros cuando no exigiros a que sigáis en esta lucha desigual, teniendo siempre presente aquella máxima de «sólo en Dios está la Victoria y para nosotros la dicha del combate».

## DISCURSO DE PILAR BLANCO

*Queridos amigos de la Ciudad Católica:*

Me ha correspondido a mí el honor de formar parte del turno de oradores en esta noche, en que una vez más nos volvemos a reunir para conmemorar la festividad de San Fernando rey; y si no me equivoco, esta es la vigésimoquinta vez en que celebramos esta ya tradicional cena homenaje y, por ello, tiene la particularidad de cumplirse sus bodas de plata.

Hablar de la gran figura de San Fernando no resulta nada fácil, precisamente por su gran talla humana y por las innumerables virtudes que lo adornaron y que supo practicar hasta el fin de sus días; sirvan de ejemplo su gran piedad, caridad, prudencia y justicia. Grande fue también la obra que llevó a cabo a lo largo de su vida, nada menos que la de poner los más sólidos cimientos a la Reconquista y, por lo tanto, a la unidad de España, obra que sin embargo no pudo contemplar finalizada y que habría que esperar dos siglos más hasta verla concluir felizmente.

Aun cuando San Fernando no hubiera sido elevado a los altares de la santidad, su enorme mérito como reconquistador y sus indudables